

ESTUDIOS

EN EL QUINTO CENTENARIO DE ERASMO

ERASMO, EL EUROPEO

Erasmo fue un europeo. Un gran europeo. Un europeo moderno en el sentido más amplio de la palabra. Por su formación, por su integración mental en el destino de una Europa concebida como totalidad. Huizinga duda de que en su plena madurez poseyera un pleno conocimiento del holandés, el idioma materno. No solamente por escribir su obra toda en latín y por su familiaridad con los clásicos, sino por ser su vida y su destino una incesante peregrinación a través de los países de Europa y sus grandes centros culturales. Se consideraba *ciudadano del mundo*, ciudadano de Europa. Pero no de una Europa única a la manera medieval, de una Europa carolingia, sino de una Europa que se perfilaba en sus Estados nacionales, y que, sin embargo, él deseaba unida, en una idea imperial de nuevo y moderno cuño.

Fue un europeo por la gran aventura de su vida. Por las ciudades de su formación intelectual. Vive siempre con la convicción de que habrá que superar los límites nacionales y las divisiones religiosas. De la Edad Media conserva solamente la idea de una Europa única, pero en cuanto concepto moderno, viviente, que él quiere revivificar, como unidad profunda, imprimiéndole los ideales humanistas, la libertad de pensamiento, la razón, la dignidad del hombre. Unidad en la cultura diversamente hipostasiada. También a la Iglesia la ve como realidad europea. A Lutero le apoya y suscribe al principio sus ideales de reforma moral y costumbres, pero como vía de renovación de la Iglesia romana, llevada en sus esencias hacia el espíritu evangélico, la dinámica paulina del cristianismo, no como motivo de divisiones y dispersión religiosa y espiritual. La Europa de Erasmo no es la Europa de Lutero, ni la de Maquiavelo, sino una realidad amplia, grande, lejos de los fanatismos religiosos o nacionales. El *Príncipe* de Erasmo es el *Príncipe cristiano* por excelencia.

No es el *Príncipe* de Maquiavelo, a saber: el del nuevo Estado nacional, fuerte, absoluto, precursor del *Leviathan*, de Hobbes. Erasmo ignora la obra de Maquiavelo. Maquiavelo, en cambio, conoce y aprecia la suya. Ambos se parecen mucho por su amor a la cultura clásica, por su gusto exquisito de la buena literatura, que practican con gran ingenio. Pero Maquiavelo vive de cerca la realidad política de su tiempo y Erasmo la considera de lejos, en sus grandes perspectivas, como concepción vasta ético-filosófica. En cuanto teórico político, Maquiavelo es un pragmático y hasta cierto punto un empírico (1). En su concepción de una política europea, Erasmo no piensa en las naciones europeas, ni en los Estados nacionales. En cierto modo hace suya la idea del Imperio que encarnara Carlos V. Por ello no es de extrañar que en ciertos momentos los consejeros del Emperador pensarán en Erasmo, como definidor de la nueva doctrina en términos humanísticos. Aquella doctrina que en términos poéticos definiera más tarde Hernando de Acuña, cuando pensara en *la edad gloriosa en que promete el cielo / una grey y un pastor solo en el suelo / ... un Monarca, un Imperio y una Espada*. Claro que en esta Europa grande, unida, que Erasmo proclamara, el humanista poco papel quiso atribuir a la espada. La suya iba a ser una Europa de la paz y de la conciliación, sin intervención alguna de la guerra por muy justificada que fuese en sus fines. Hasta un hombre como Tomás Moro piensa en una posible «guerra justa». Erasmo jamás justifica las guerras. La concepción de Erasmo es la de una Europa por encima de las patrias y las naciones. Una Europa unida en el nombre de Cristo, culminación y plenitud de un humanismo cristiano. Hasta las lenguas nacionales las considera el humanista motivo de divisiones y de conflictos. El amor a las letras, a la cultura clásica y la difusión del latín como idioma de comunicación serían, al contrario, el instrumento de una conciencia europea y de la unidad de Europa. «Ego fere erga nationes omnes alba, quod aiunt, sum amussis», escribiría él a Budé (2).

Este gran europeo, este ciudadano del mundo, este espíritu universal abierto a grandes tesoros del conocimiento, vive, sin embargo, a lo largo de su existencia, una situación cargada de paradojas. Su época es una época llena de experiencias nuevas. El universo del hombre ensancha sus dimensiones hasta límites jamás conocidos. Sin embargo, Erasmo no se hace eco, ni en sus escritos, ni en sus cartas, ni en sus conversaciones de la nueva, enorme anchura de los espacios geográficos y cosmológicos. Este contemporáneo

(1) Cfr. AUGUSTIN RENAUNET: «Politique d'Erasmus et Politique de Machiavel», en *Umanesimo e scienza politica*. Marzorati. Milán, 1951, págs. 353-63.

(2) Cfr. J. HUIZINGA: «Erasmus über Vaterland und Nationen», en *Geschichte der Kultur*. Alfred Kröner. Stuttgart, 1964, págs. 229-254.

de Colón, de Magallanes y de Copérnico, no deja lugar en los límites de su humanismo ni a la conquista por el hombre europeo de territorios hasta entonces ignorados por sus conocimientos y su experiencia, ni a las mutaciones en la concepción que el hombre poseía de la estructura del Universo. Su humanismo no es, indudablemente, un humanismo científico. Erasmo no es Leonardo. Imaginémosnos un filósofo o un humanista de hoy —y la cosa es imaginable— que no deje lugar en sus preocupaciones a los nuevos paseos del hombre por el Universo circundante. Erasmo, según parece, alude una sola vez a la presencia del hombre en América, en una dedicatoria de sus *Lucubrationes* sobre Crisóstomo, del 24 de marzo de 1527 al Rey Juan III de Portugal. Alusión vaga en que habla de la obra de Portugal en las nuevas tierras «desde las columnas de Hércules, hasta China, región de las Indias», alabando su acción pacificadora y cristianizadora. Bien poca atención a estos grandes acontecimientos, para esta pluma abierta a todas las acciones del espíritu y al gran despertar de una nueva conciencia del hombre europeo de cara al futuro.

Pero Erasmo posee una conciencia universal, una idea universal del destino europeo. Piensa en la Humanidad, y en término de Humanidad entera formula su doctrina de la paz, su ideario humanístico, su fe en las fuerzas espirituales del hombre. Piensa, sobre todo, en la universalidad de la cultura europea a la cual él la considera como un todo armónico: cultura clásica perfectamente combinada con un cristianismo universal y renovado, todo integrado en una *Ecclesia univesalis*. En el centro de esta idea está el hombre y la cultura europea. En contra de su realización están los fanáticos de viejo y nuevo cuño: los teólogos, los Papas, guerreros, Lutero, Zwinglio y los nuevos reformistas dispuestos a derramar sangre y sublevar las naciones para imponer sus nuevas doctrinas. Esta idea la quiere, además, personificar en su conducta, con la actitud de su propia vida. Cuando Zwinglio le ofrece la ciudadanía de Zurich, le escribe su breve carta del 3 de septiembre de 1522 desde Basilea: «Yo deseo ser ciudadano del mundo, avecindado en todas las ciudades o, por decir mejor, extranjero en todas ellas. ¡Ojalá tuviera la suerte de ser adscrito a la Ciudad celestial!» Hay miles de aspectos en la vida y la obra de Erasmo, en su filosofía política y social, en su cultura, que hacen de él un europeo de gran nobleza. El primer europeo en sentido amplio de la Europa moderna. Un auténtico precursor de la unidad europea, anterior a Leibnitz, otro gran precursor, o a Valéry, hombres de gran cultura que ven a Europa como fuerza política y espiritual única, precisamente a lo largo de una época en que el Continente está preso de sus luchas internas y divisiones nacionales. La mentalidad de Erasmo, sus viajes, sus contactos humanos, hacen de él un europeo de nuevo estilo.

La familiaridad con Erasmo europeo nos hace parar en una curiosa particularidad de la cultura moderna en sus comienzos. Se trata de la función desempeñada en el hecho cultural por los impresores en los orígenes mismos de este acontecimiento revolucionario de la Humanidad que fue el libro impreso. Es un momento cargado de gloria y de significaciones.

Los impresores, amigos y propulsores de los libros de Erasmo, partícipes en su éxito inmenso en toda Europa, no solamente entre los hombres de cultura, los Príncipes y la aristocracia del espíritu y de la política, sino incluso en la gran masa de los semiletrados, que se hacían eco de las ideas y las obras del gran humanista, fueron entonces, y siglos después, auténticos señores de la cultura. El concepto y la función del «editor» no había aparecido aún. Por ello no se puede acompañar la gran aventura espiritual y humana de Erasmo sin sus más importantes impresores. El primero entre ellos, Aldo Manuncio, en Venecia. Badius Ascensius, en París. Miguel de Eguía, en Alcalá. Y sobre todo Froben, en Basilea. De la mayor parte de ellos Erasmo es amigo, más amigo que de nadie. En Venecia vive, en 1506, en casa del célebre Aldo Manuncio, cuya imprenta se había fundado en 1494, y que desempeñará un papel prodigioso en la cultura del Renacimiento. Con Froben y su hijo pasa los últimos tres lustros de su vida en Basilea y en la vecina Friburgo, y sus obras, casi todas, verán la luz en su imprenta. Entre el humanista y el impresor existe una comunión profunda, una compenetración de ideas, en la cual no llegan a participar los Príncipes y los grandes espíritus de la época. Erasmo llega a Basilea como huésped de Juan Froben, por primera vez, en agosto de 1514. Camino de Basilea, siguiendo el valle del Rin, los humanistas alemanes le saludan como «la luz del mundo» y le reciben en triunfo, con mayor estruendo de lo que le habían recibido en Francia, Italia, Inglaterra o los Países Bajos. Cuando llega al ambiente de la imprenta de Froben, recuerda su estancia en Venecia al lado de Aldo Manuncio. «Trabajando de firme en una gran imprenta, rodeado de hombres sabios que, en los escasos momentos de ocio que se concedían, le llenaban de homenajes y cortesías» (*Huizinga, Erasme*, pág. 153). Este ambiente que le rodea, y que hace que se encuentre en su elemento, le hará escribir: «Tengo la absoluta impresión de vivir en un agradable Museion; tantos sabios y tan particularmente sabios.» En casa se encuentra Erasmo en las mayores imprentas europeas. Esta vez una gran revolución técnica hace del humanista un europeo, un gran ciudadano del mundo. Como Froben, publican sus libros y le admiran, viven con pasión su gran aventura europea, Thierry Maertens, en Lovaina; Matías Schurer, en Estrasburgo, y tantos otros. A través de sus libros y de los libros de sus grandes amigos, como la *Utopía*, de Moro, de cuya publicación y difusión se ocupa.

¿Y qué decir del entusiasmo que Miguel de Eguía pone en la publicación y la difusión en España de las primeras obras e ideas de Erasmo? Como Froben. como Badius, Eguía es más que el difusor material de las ideas de Erasmo. Es él mismo un erasmista convencido, entusiasta, lleno de un ardor sin límites. Marcel Bataillon, en su monumental obra *Erasmo y España*, nos perfila de una manera bastante completa la situación. Ve en Miguel de Eguía un «apóstol del iluminismo erasmizante». Este navarro, sucesor de Arnao Guillén de Brocar como impresor de la Universidad de Alcalá, es uno de los propulsores del erasmismo en este gran centro de cultura fundado por el gran Cisneros, donde las nuevas ideas pulsaban con una intensidad y una vitalidad impresionantes. A él se debe la edición del *Enchiridion* en 1525, enriquecido con otras obras de Erasmo y un prólogo del propio Eguía. «Os he ofrecido los tesoros de Cresco», dirá con orgullo al arzobispo Fonseca.

La «galaxia de Guttenberg» brillaba ya en el cielo de Europa. Ahora se nos dice que los tiempos han cambiado. En su lugar seguimos la «vía láctea» de la imagen.

Erasmo vive en las casas de sus impresores y le gusta colaborar en sus tareas. Se siente partícipe en el destino de este nuevo instrumento difusor de la cultura y creador de una nueva conciencia europea. Pero una conciencia europea manifiesta el humanismo en otros aspectos de su vida y su obra. En su trato con los grandes de Europa, en su relación y amistad con los grandes humanistas del tiempo, en su doctrina de la paz y la política expresada en importantes obras. La época en que Erasmo vive es una época forjadora de una nueva concepción política del mundo. A través de esta nueva realidad, Erasmo quisiera salvar a *Europa como un todo*. Como consejero de Carlos V, el humanista toma parte, de cerca o de lejos, en los más importantes acontecimientos europeos. Más de una vez aconseja la paz, el entendimiento entre los Reyes en guerra, la conciliación entre Roma y la Reforma. Ve cómo alrededor suyo se levanta el monstruo de los conflictos irreconciliables. Está presente en los momentos más importantes de su tiempo: en Worms, en Augsburgo, en Pavía, en la Roma saqueada por las tropas imperiales, en la guerra entre Inglaterra y Francia, en las guerras que asolan Italia, en las primeras guerras de Alemania, en las luchas entre cristianos y turcos. Muchos de estos momentos y temas ocupan una parte importante en sus escritos. Los acontecimientos políticos del tiempo le impulsaron a escribir sus teorías políticas y a formular su doctrina de la paz. Es europeo por sus contactos con los grandes del tiempo y en cierto modo por su gran autoridad moral sobre estos hombres. Carlos V lo quiere siempre a su lado. Enrique VIII y Francisco I le invitan a vivir en sus Cortes. Fernando de

Habsburgo le invita también hacia finales de su vida, cuando está ya enfermo y más ocupado que nunca en dar término a su ingente obra, a trasladarse a Viena. Sabe rechazar con prudencia y mesura todas estas tentaciones del Poder. Quiere, por encima de todo, conservar su independencia, su libertad. Quiere ser el mediador por excelencia, el hombre de paz en una Europa dominada por las guerras. «Tócale en suerte —escribe Zweig—, de repente, a Erasmo una misión histórica que excede íntimamente a sus fuerzas; él solo, en medio de todos aquellos sobreexcitados, representa la clara razón, y armado solamente de una pluma, defiende la unidad de Europa, la unidad de la Iglesia, la unidad de la Humanidad y la ciudadanía universal contra la ruina y el aniquilamiento.»

Durante largos años es consejero del Emperador. Posee en la Corte grandes amigos y defensores, con los cuales cuenta en los momentos difíciles contra sus adversarios doctrinales. El Emperador mismo le respeta, quiere tenerlo a su lado, pero no le fuerza nunca demasiado sus posiciones en la lucha que se abre. Su posición moral posee dimensiones europeas. «Erasmo puede sentir alrededor de sí mismo, hasta los confines de Europa, la presencia de un público fervoroso que lee sus libros, que espera siempre de él libros nuevos... Erasmo es mucho más que consejero del Emperador Carlos; es como consejero común de todos los Príncipes en cuanto concierne al gran asunto de la paz cristiana y a la causa del Evangelio» (3). Su deseo sería estar físicamente presente en los puntos neurálgicos donde la disputa pone en peligro la paz de Europa. Pero el apego que tiene a la continuación de su obra, la sensación que tiene de disponer de poco tiempo para todo lo que ha emprendido y la decisión firme de no convertirse en *instrumento* de nadie, hacen en realidad que no se desplace para ninguna de las grandes decisiones de la política europea. Sus viajes a países y capitales europeos, menos el viaje a España, que en una ocasión inicia, pero no realiza, y luego le pesará en su alma —elige entre España y Alemania a este último país, «donde encontré tales pestes, que si hubiera podido preverlas, antes habría ido a vivir entre los turcos»—, pertenecen a la cultura y al humanismo europeos antes que a la política europea. Sin embargo, uno de los aspectos de sus relaciones con Carlos V y de su presencia espiritual en España a través del gran fenómeno que fue el erasmismo español, está ligado a la idea de una nueva unidad europea. «Existe una especie de acuerdo —escribe Bataillon— entre el pensamiento de Erasmo acerca de la situación y cierta orientación de la política imperial... Este acuerdo había de acentuarse muy pron-

(3) Cfr. MARCEL BATAILLON: *Erasmo y España*, vol. I. Fondo de Cultura Económica. Méjico, pág 180.

to, transformándose en uno de los más sólidos fundamentos del erasmismo «español.» Se trata de satisfacer nuevas e imperiosas exigencias de la conciencia cristiana que despierta y de «mantener la unidad política del Imperio, a pesar de las diferencias de actitud de los diversos Estados ante la revolución luterana. De allí la tenaz resistencia de Gattinara a la presión de Alejandro en un momento en que el joven Emperador hubiese mostrado de buena gana un ardor ortodoxo, sin consideraciones con Lutero» (pág. 127). En Worms, en la Corte de Carlos V, nace en realidad el erasmismo español.

Llega el momento de la victoria de Pavía. Son precisamente los erasmistas españoles, algunos de ellos personajes influyentes en la Corte de Carlos V, los que propugnan una unidad imperial y cristiana de Europa, con metas como «cobrar el Imperio de Constantinopla y la casa Santa de Jerusalén», como escribe el amigo de Erasmo Alfonso de Valdés en el *Informe* sobre la batalla de Pavía. Los colaboradores inspirados del Emperador, Luis Vivez entre otros, atacan a todos los que se oponen a esta Idea imperial, incluso al Papa. Estos colaboradores son casi todos ellos erasmistas, quisieran contar con el propio Erasmo en esta política. Pero Erasmo no se entusiasma con esta idea. Después del saco de Roma habría de escribir a Brie: «¡A qué eclipse asistimos: al del sol de Roma por la luna de España!» (nov. 1527). A su espíritu le repugna toda especie de guerra, y las consecuencias de esta doctrina imperial implican necesariamente la guerra. Sigue sus contactos con Francisco I y con Carlos V. Gattinara y la Cancillería del Emperador, dominados por la idea del momento, encargan a Erasmo la revisión del texto y la publicación del libro *De Monarchia*, de Dante, pero el humanista no se presta a la obra. Y lo cierto es que, pese a su prestigio y sus relaciones, el destino político de Erasmo seguirá siendo siempre el que él formulara: «Será un güelfo para los gibelinos y un gibelino para los güelfos.» Este hombre, que para los grandes de su tiempo, sólo por la fuerza de su espíritu, es un hombre universal por excelencia, el sabio respetado por todos, lo es, sin duda, por su enorme sabiduría, pero lo es paradójicamente por otra razón esencial. Porque encarna los anhelos superiores de elevación cultural de su tiempo, porque es un modelo y porque es un sabio, cuya personalidad domina y que ve más allá de los avatares de su tiempo, y por ello procura no tomar partido en las disputas de su tiempo, que no son disputas del espíritu, sino semilla de la guerra y la destrucción. Es el suyo, como se ha dicho ya, «un suave señorío»; señorío auténtico de la nueva conciencia del humanismo europeo. Por ello los Reyes, Papas, Príncipes, reformistas, guerreros respetan, en definitiva, por encima de todo, pese a la lucha que cada uno libra por tenerlo al lado de su causa, su independencia, su noble, responsable neutralidad, su espíritu de libertad y tolerancia, su hondo sentido de la dignidad

del hombre. El filósofo de Cristo es consecuente consigo mismo; es el filósofo de la paz. La paz europea, sostenida con conciencia europea, renovada por los ideales humanistas y defendida por Erasmo con una convicción, casi con una violencia de lenguaje poco habitual en su estilo. Cuando se trata de la paz, su pluma no tiembla nunca. Le repugnan los guerreros todos, sobre todo los Papas y hombres de Iglesia guerreros.

Su filosofía política radica en esta idea esencial. La Idea de una Europa unida, de un Príncipe cristiano, de una paz europea inspirada en la doctrina cristiana. En sus cartas a Antón de Berghes (Londrés, 14 de marzo de 1514) y a Capiton (26 de febrero de 1517), en sus obras *Querella Pacis* e *Institutio Principis Christiani*, aparecen sus ideas en torno a la paz como garantía de la vida y la prosperidad de Europa. La idea de la paz es como un permanente *leit-motiv* en el espíritu de Erasmo. «Me he interrogado a menudo, escribe en 1514 a Berghes, en torno a las razones que empujan, no digo a los cristianos, sino a todos los hombres, a este grado de locura, en que, al precio de tantos esfuerzos, gastos, peligros se lancen a su destrucción recíproca. ¿Qué hacemos durante toda nuestra vida sino combatir? No todos los animales se combaten, sino sólo las fieras. Y éstas al menos no se hacen la guerra en el interior de una misma especie, sino de una especie a otra. Y combaten con sus armas naturales, y no como nosotros, con máquinas inventadas por un arte diabólico; y tampoco por no importa cuál razón, sino por sus pequeños o por su alimento. Nuestras guerras provienen la mayor parte de la ambición, la cólera o la lujuria, o semejante otra enfermedad del alma. En fin, ellas no van a su destrucción recíproca en grupos compactos como nosotros. Nosotros, que nos glorificamos en designarnos según el nombre de Cristo, que no ha enseñado sino la dulzura y ha dado ejemplo de ella, que somos miembros de un solo cuerpo y somos una misma carne, que nos hace vivir un mismo espíritu, nos nutrimos de los mismos sacramentos, reconocemos una sola cabeza, estamos destinados a la misma inmortalidad, que esperamos esta comunicación suprema cuando seamos una sola cosa con Cristo, lo mismo que Cristo lo es con su Padre: ¿Una sola cosa en este mundo puede ser tan importante como para excitarnos a la guerra? ¿Una cosa tan nefasta y sombría, que incluso cuando es la más justa ningún hombre verdadero sabría aceptarla?» En la guerra ve el despliegue de los impulsos criminales de los hombres. Combate sobre todo a los que la hacen por dinero. La guerra es una secuela de crímenes, sacrilegios, vergüenzas que no se pueden ni siquiera nombrar. Incluso una vez acabada, las corrupciones que traerá siguen asolando a la Humanidad. Ningún reino merece tanta dispersión de energías ni tantas vidas sacrificadas. Los que más sufren son los menos responsables. Ella no puede servir tampoco a la gloria de los que la persiguen.

Porque es mucho más «glorioso construir ciudades que destruirlas. Mientras el pueblo menudo edifica y mantiene las ciudades, los Príncipes las destruyen». Todas las guerras atraen mayor número de males que de ventajas.

«Los Príncipes saben justificar de varias maneras sus guerras. A veces hacen lo mismo los Papas. Julio II, el de «Julius exclusus», había comenzado una guerra. La causa de aquella guerra había desaparecido, pero el nuevo Papa, León, no suprime la guerra. El Principado, el Estado puede fundarse mejor sobre un acuerdo durable que sobre la convulsión de una guerra. La reivindicación de todo derecho por la guerra resulta más cara que la paz. Los turcos ¿qué pensarán al ver los Príncipes cristianos luchar los unos contra los otros? Si se admite la guerra en nombre de ciertos derechos, éstos son groseros; respiran un cristianismo degenerado, agobiado por los bienes de este mundo.» Y concluye el humanista que daría toda su fortuna con tal de que la paz cristiana volviera a reinar entre Príncipes cristianos. En una ocasión llega a concluir una larga carta a Carlos V así. (13 de enero de 1522): «Recuerde tu clemencia en todo momento que no hay guerra, ni aun la que se emprenda por la más justa de las causas y se lleve con la mayor templanza y moderación, que no arrastre consigo una inmensa red de crímenes y calamidades.»

Años más tarde, en la carta a Capiton, al entrar en el quincuagésimo primer año de su vida, Erasmo se ve rejuvenecido, optimista, confiado en el destino de una Europa en paz próxima al alba «de una edad de oro». Comprueba, feliz, que se ha operado una feliz mutación en los ánimos de los Príncipes de Europa, concertados «en trabajar con todas sus fuerzas en el afán de paz y concordia». «Son, prosigue, sus principales autores el Papa León X, Pontífice, no por su título Máximo, y Francisco, Rey de Francia, no menos por sus egregios hechos que por su solemne título Cristianísimo. Este, aun sobrándole valentía y recursos como al que más de los Príncipes restantes para llevar adelante campañas marciales», se da cuenta de que nada compensa los sufrimientos de los cristianos a través de una guerra. Ella hace menguar el poderío, la riqueza y el bienestar, hace crecer las posibilidades y la moral del enemigo, hace decaer las buenas costumbres. El Rey de Francia incluso ha hecho acto de humildad, prescindiendo de su poderío, para salvar la paz. Con él se han unido en la bella empresa otros grandes de Europa: Carlos, Rey católico; Enrique, Rey de Inglaterra; el César Maximiliano, «han concertado la paz con vínculos sólidos y, según espero, diamantinos». Erasmo se siente feliz y optimista ante las grandes perspectivas de esta «edad dorada» de la paz. Perspectivas para las buenas costumbres, pero sobre todo en la nueva edad que se abre en el mundo para las bellas letras y las bellas disciplinas. En una palabra: para la causa del hu-

manismo. Una causa que tiene por promotor a León X en Roma; a Jiménez de Cisneros, en España; a Enrique VIII, en Inglaterra; al Rey Carlos, «mozo de divina índole»; al Rey Francisco de Francia, al César Maximiliano en Alemania. «Conspiradores», todos ellos, para el restablecimiento de las buenas letras. La paz entre los Príncipes al servicio de los hombres y de los ideales humanistas.

Pocas veces en su vida vivirá Erasmo un momento tan bello de entusiasmo. Los años venideros harán que esta nueva *edad de oro* prospectada por él fuera una simple ilusión. Lutero, la Reforma, la lucha entre Roma y Wittenberg, Pavía, el saco de Roma, el conflicto Roma-Enrique VIII, Europa entera se precipita hacia los abismos de la guerra y los odios. Y entre guerra y odios, el humanista sufrirá sus crisis y librará sus combates por la libertad del espíritu y la dignidad del hombre. En Europa piensa Erasmo, también en el momento en que a través del canciller Le Sauvage recibe del futuro Carlos V, en 1516, la propuesta de ser nombrado consejero de la Corte, con la pensión de 200 florines, no siempre pagados puntualmente. Este nuevo consejero no quiere permanecer indiferente a la política. En virtud de su nuevo cargo escribe dos obras para el nuevo joven Príncipe: la *Institutio Principis Christiani* y la *Querela Pacis*. En ellas formula su doctrina a nivel europeo, en dimensiones europeas, en un espíritu humanista renovado y conciliador, de inspiración evangélica. Con ello Erasmo demuestra su voluntad de ser, en lo posible, un auténtico consejero de Príncipes, como lo habían sido ilustres antecesores suyos: Platón, Séneca, Boecio, Dante. Quiere que sus escritos desempeñen una función política grande, en las dimensiones de la propia cristiandad, en las dimensiones europeas de la política, con proyección en el mundo entero. Tampoco le son indiferentes las relaciones entre los Estados cristianos y el turco infiel que amenaza a Europa. Erasmo vive con intensidad el desastre de Mohacs, cuyo resultado son sus relaciones con la Reina viuda María de Hungría y con el gran humanista Nicolaus Olachus, descendiente de los Príncipes reinantes de Valaquia. La obra de Erasmo se inscribe desde la primera intención en la política de paz general en Europa que encabeza el canciller Le Sauvage. Es cuando Erasmo sueña con una *edad de oro* para Europa. Estamos en vísperas de Cambrai. Estimulado por el propio Le Sauvage escribe Erasmo su *Querela Pacis*, obra que tiene en seguida gran difusión en varios idiomas. Es el año 1516. Erasmo es, en cierto modo, un personaje de la Corte. Un personaje influyente, con prestigio en toda Europa. Sus relaciones con la Corte de Borgoña son de vieja data. Ya en 1492 es secretario del obispo de Cambrai, Enrique de Bergen. En esta calidad, y como amigo de la Corte de Borgoña, escribe en 1504 el *Panegírico* en honor de Felipe el Hermoso, al volver éste de España. El

propio Príncipe le había llamado «hermano Erasmo» y su hijo Carlos no hace, en sus relaciones con el humanista, sino seguir una tradición. El archiduque Carlos, futuro Carlos V, tiene quince años cuando Erasmo compone en su honor la *Institutio Principis Christiani*, auténtico manual del Príncipe cristiano y humanista, que bien poco tendrá que ver con el Príncipe de Maquiavelo, casi coetáneo suyo. «Erasmo —escribe M. Bataillon—, no podía ser “Consejero” sino con la pluma en la mano, en el recogimiento del gabinete de trabajo. No sería ya él mismo si interviniese en el detalle de los negocios. Un filósofo que se mete a gobernar puede resultar bueno o mal político, pero deja de ser filósofo. Lo que de él podía esperarse era que trabajase en sus escritos en pro de la reforma de los espíritus y de los corazones y que invitase a los Reyes al establecimiento de una paz sincera y perpetua. Erasmo iba a ser solicitado para ello de la manera más ardiente» (4). En la «*Institutio Principis Christiani*» previene a la juventud contra la influencia peligrosa de algunos historiadores antiguos, como Jenofonte, Salustio y Livio. Publica a Suetonio y a Plutarco, pero no cree en el culto ciceroniano de la Historia. El gran humanista cree en la *Verba*, no en las *Gesta*. *Res gestae* no tienen significado para él. Su lema es actualista, no historicista: *Veritas filia temporis* (5).

Estamos a fines de 1516. Los problemas que Erasmo aborda en *Querela Pacis* están en consonancia con una situación europea que a él se le antoja favorable para la paz. Los gobernantes de Europa, sea la Corte de Carlos V, sea las Cortes de Inglaterra, Francia o Alemania, los Papas Julio, León, Clemente o Pablo, sea el propio Gran Elector de Sajonia en vísperas de dar su apoyo a Lutero, quieren contar con la ayuda moral e intelectual de Erasmo para sus proyectos políticos. Pero Erasmo no entiende seguir el proyecto político de nadie en particular. La causa que persigue es mucho más amplia. La causa de la paz general de Europa, cuyos principios formula en *Querela Pacis*. Es un tratado de filosofía política cristiana de las más puras esencias. Pero no prescinde tampoco en él de las exigencias concretas de la política europea. En el nombre de Cristo, propugna Erasmo la unidad de Europa. Unidad en la paz y la concordia entre los Estados nacionales. Para Erasmo, la concordia es un don esencial de la naturaleza, una ley de armonía de la vida. La concordia es la base de la constitución de la sociedad humana, como «misterioso consenso de las almas y un poderoso acicate para la reciprocidad del amor que los antiguos admirados de ellos, atribuían a la dignidad o al genio». La naturaleza enseña la paz y la concordia como atractivos esenciales

(4) Op. cit., vol. I, págs. 94-95.

(5) Cfr. PETER G. BIETENHOLZ: *History and Biography in the Work of Erasmus of Rotterdam*. Droz. Ginebra, 1966.

de la vida. Por ello, Erasmo se indigna ante una realidad como la que le rodea, en que el concepto *hombre* y el concepto *cristiano*, viven en el desorden de la guerra y la discordia. La sociedad cristiana es peor que la pagana. Los Príncipes, peores que la plebe. Tampoco hay paz entre los filósofos, los teólogos y los hombres de letras. Todos riñen con todos. Y tampoco encuentra la paz su lugar entre los hombres de religión. Los cristianos litigan entre sí. Hasta en el interior de las mismas personas falta la paz. «Un mismo hombre pugna consigo mismo». Erasmo celebra al *Príncipe de la paz*, a Cristo cuyo mensaje es mensaje de paz que los cristianos no deben nunca olvidar bajo ningún aspecto. Es un Dios nuevo, el Dios del Nuevo Testamento, que nada tiene que ver con el antiguo. «Dios de los Ejércitos» y la venganza. Es el Dios del «Sermón de la Montaña». Ante su mensaje, es vergonzoso el comportamiento de los Príncipes cristianos y sus guerras. Todo ello porque la concordia debilitaría su condición de tiranos. La responsabilidad de la Iglesia en este proceso de destrucción del gran mensaje del Príncipe de la Paz es grande. «Los pregoneros del Evangelio» que «desde el púlpito sagrado pregonaban la guerra». Erasmo propone remedios concretos. Menos ambición en los Príncipes. Más libertad y menos tiranía. Eliminar a los consejeros que propagan la guerra. «Se ha de comprar la paz» algunas veces. La Iglesia debe luchar con todas sus fuerzas por la paz, siempre por la paz, a todo precio. Por muy justa que parezca, ninguna guerra es nunca aceptable. Hasta contra los infieles se debe emplear antes la persuasión que la guerra. «Parte grande de la paz es querer sinceramente la paz». Erasmo no dejará nunca de combatir la guerra, tanto desde el punto de vista de la filosofía natural como desde el punto de vista cristiano. Su pacifismo le une a la filosofía política de Petrarca, Nicolás de Cusa, Leibnitz, Cervantes, Calderón, Grotius, Voltaire (6). En su pacifismo influyen Rodolfo Agricola, Policiano, Pico de la Mirándola.

«Con vosotros me encaro, ¡oh Príncipes! —concluye Erasmo—, de cuyo querer dependen en gran parte los negocios de los mortales que mezclados con estos mismos mortales lleváis la imagen del Príncipe de Cristo: reconoced la voz de vuestro Rey, que os llama a la paz, y pensad que el mundo todo, cansado de males tan prolijos, os eleva la misma petición.» A la paz invita todo. La naturaleza, la condición humana, el mensaje de Cristo. Al Papa León; a Francisco, Rey de Francia; al Príncipe Carlos; al César Maximiliano; a Enrique de Inglaterra, les incita a la paz, y tras ellos a los demás Príncipes, ya que le parece «razonable y justo que los demás sigan con gusto el ejemplo de tan poderosos monarcas. El pueblo en su inmensa mayoría destesta la guerra

(6) Cfr. MAZ SCHWARZ: «Krieg un Frieden bei Erasmus von Rotterdam», en *Festgabe für Wilhelm Hausenstein*. Munich, 1952, págs. 220-26.

y pide la paz. Quedan ya, a estas horas, muy poquísimos con ganas de guerra cuya impía felicidad dependé de la infelicidad del pueblo.» El criterio pragmático de Erasmo en la política, será por su filosofía de la paz, el del mantenimiento del *statu quo*. Por muy injusto y arbitrario que sea, él presenta menos riesgos que la guerra. *Statu quo* siempre. En los límites territoriales de las Monarquías, en la lucha que cada día se está perfilando entre Lutero y los que le combaten. Las consecuencias de la guerra y las discordias, de las divisiones y conflictos, serán siempre peores que *statu quo*.

Siempre combatirá Erasmo la guerra. La combatirá como principio básico de su filosofía. Incluso la guerra contra el infiel, como buen humanista, no la siente. Si llega a aceptarla años más tarde, será como argumento en defensa de la unidad europea y de la fe, pero reconociendo que por mucho tiempo ha constituido una «estafa gigantesca». La doctrina de Erasmo será siempre la misma: «La guerra, que es lo cosa más peligrosa que existe, no debe ser hecha más que con el consentimiento de toda la nación. Hay casos en que hay que comprar la paz: jamás será demasiado cara.» Y, por encima de todo, la unidad de Europa cristiana. Este es el tema que llena todo el europeísmo humanista de Erasmo. «Antaño —escribe— el Rhin separaba al francés del alemán, pero el Rhin ya no puede separar al cristiano del cristiano.» Esto es lo esencial de la filosofía política de Erasmo. En este espíritu medita él sobre los problemas políticos y sociales y económicos de su tiempo. Lo hace de una manera concreta, inspirándose en sus viajes, en la observación personal de los hechos y en la experiencia. Esta filosofía está presente no sólo en sus textos políticos específicos, sino a lo largo de toda su obra: *Elogio de la locura*, *Coloquios*, *Adagios*, *Enchiridion*. La suya no es una filosofía de gabinete, sino algo inspirado en la realidad, tal como un Valla, Leonardo, Maquiavelo, Rabelais, Vives o Moro, exigían del hombre del Renacimiento y del espíritu humanista. El renovador de las ideas de Luciano y Plutarco, es partidario de la libertad, de la justicia social, de la participación del pueblo en su destino político. Combate, en el espíritu evangélico, el apetito tiránico del lucro. Considera a la riqueza como un instrumento para la cultura y las obras del espíritu. En la *Institutio Principis Christiani* propugna la austeridad en la vida de los gobernantes, armonía social y cuidado por parte del Estado a favor de las clases menesterosas (7). Pero todo, Erasmo, lo quiere ver en grande, como una gran apertura de horizonte, en dimensiones de huma-

(7) Cfr. PIERRE MESNARD: *L'Essor de la Philosophie politique au XVI^e s.*, Vrin, París, 1951, 711 págs; RENAUDET: *Humanisme et Renaissance*, E. Droz, Génova, 1958, capítulo «Erasme économiste».

nismo amplio, cosmopolita, tal como se vislumbraba en la vida progresiva del siglo XVI.

Huizinga considera a Erasmo un espíritu sin un sentido real de la política. Un hombre políticamente sencillo, con ideas elementales, si las comparamos con las de sus contemporáneos pensadores políticos y jurídicos: Moro, Budé, Zasius. Afirma que juzga demasiado severamente a los monarcas; que los «alaba individualmente y los condena en bloque» por no ser capaces de aportar la paz cristiana a Europa. Hablando de sus ideas políticas, Huizinga concluye que no ejercen influjo alguno sobre sus contemporáneos. «La obra de su vida no está allí». Contraria es, en cambio, la tesis del otro biógrafo actualizante, de Zweig, cuando considera a Erasmo como único hombre de razón, en un tiempo dominado por los guerreros exaltados, cuyas ideas darán, en definitiva, sus frutos y crearán una conciencia europea también en el campo de la unidad política. Erasmo hará suya esta idea de su gran contemporáneo, amigo y discípulo, Juan Luis Vives, cuando escribía, en 1529, en la introducción al tratado *De concordia*: «En una tan prolija serie de guerras que, con fecundidad increíble, han nacido las unas de las otras, toda Europa sufrió daños gigantescos y en casi todos los órdenes está necesitada de una grande y casi universal reconstrucción» (8). Como bien observa Castán, los humanistas, con Vives y Erasmo en la cabeza, se percataban mejor que nadie de la crisis europea, en vísperas de la gran rebelión protestante, que amenazaba, ante todo, la unidad de Europa. Los humanistas poseían la conciencia de esta unidad. La proclamaban por su obra, por sus ideas conciliadoras, por su filosofía de la unidad cultural europea y de la libertad del espíritu en cuanto prerrogativa fundamental de la nueva conciencia europea. Porque la ruptura europea era un hecho que se perfilaba ya antes de las luchas religiosas, y era ruptura europea, como sigue glosando Castán, de carácter bipolar: religiosa y política. Crisis interior europea, ante los peligros exteriores. Tanto Erasmo como Vives, la consideran bajo este doble aspecto. Los escritos de Vives son más explícitos, más dinámicos, más patéticos que los de Erasmo. Pero en ellos todos están vibrando el espíritu de Erasmo y una conciencia erasmista de la realidad europea.

A esta realidad europea nueva, dinámica, orientada hacia el futuro, viviendo con dramatismo su hora, pertenece la obra y la personalidad de Erasmo. Erasmo es europeo por su aventura humana. Por la proyección de sus ideas y de su personalidad en toda Europa. Por la amistad que le une con los espíritus más eminentes de su tiempo y de los tiempos venideros hasta nues-

(8) Cfr. JOSÉ MARÍA CASTÁN: «Luis Vives y la Unidad Europea», en *Nuestro Tiempo*, Madrid, 1959, núm. 62, págs. 151 y sig.

tros días. Por la enorme influencia que su obra ejerce en toda Europa, en vida del gran humanista y, siguiendo vías subterráneas o de conciencia cultural, a través de las generaciones que le siguen. Perfilar a un Erasmo europeo, en su tiempo y allende su tiempo, actualizar de verdad al gran humanista europeo que él fue, significa ofrecer amplio espacio de meditación a estos avatares de su personalidad y de sus ideas. Pocos países de Europa quedan fuera del interés de Erasmo y menos aún los que se desinteresan de su obra y del magisterio de sus ideas. Un proceso de triple envergadura se nos presenta. Primero, nos encontramos con un Erasmo viajero y estudioso en las capitales europeas, abierto a todos los hechos culturales, al trato y la amistad de los grandes espíritus europeos del pasado o de su propia época, forjando así su cultura y su rica personalidad. Segundo, asistimos a la gran creación de su obra misma. Tercero, acompañamos sus obras en su difusión y sin par influjo con la admiración y polémica que suscitan en toda Europa. Hemos seguido su prodigiosa aventura. Su enorme correspondencia, los títulos de su obra, sus contactos humanos nos sirven de guía ideal para acompañarle en su singular periplo humano y espiritual.

En la vida de Erasmo están presentes países de Europa y su cultura como Inglaterra, Países Bajos, España y Portugal, Francia, Alemania, Italia, países del centro y el Este de Europa. Además su personalidad y su obra se proyectan ampliamente en la vida cultural de estos países. En su obra se alimentan figuras de gran relieve de uno u otro bando: Lutero, Melancton, Oecolampadio, Rabelais, los erasmistas de España, de Francia, Italia e Inglaterra, de Alemania y Polonia. A los Países Bajos se siente unido por sus primeros años de formación. El espíritu de la *Devotio moderna*, los primeros contactos con el mundo de la cultura clásica, la conciencia de la decadencia de su tiempo la adquiere allí, en el ambiente de su infancia y adolescencia, en su patria primera, que él recordará muchas veces. Allí, en Steyn, compone sus primeros libros, que contienen, en la raíz, los temas permanentes de su gran obra: *De contemptu mundi*, donde anhela formas renovadas de *pietas*, y el *Anti Barbarorum Liber*, donde anhela formas igualmente renovadas de la cultura. En una carta a Enrique de Berghes el 7 de noviembre de 1496 habla de Holanda como de un país antaño rocoso y salvaje, dispuesto ahora a «dar una cosecha italiana». Sin embargo, el deseo de evasión de este ambiente primero de sus años juveniles le domina desde su adolescencia. En 1501 (18 de julio) escribe a Voecht hablando de su deseo de volver a Inglaterra para «pasar un mes con mi querido Colet y estudiar teología»; de ver Italia, «pero no es fácil volar sin alas». De volver a Francia, de donde le aleja la epidemia. En todo caso mantenerse lejos del epicureísmo holandés y de sus «gentes ignorantes, vulgares, de un enérgico

desprecio por los estudios, ningún gusto por la ciencia, unos prodigiosos celos».

Con todo ello, Holanda y los centros culturales de los Países Bajos mantendrán permanente contacto con Erasmo. Brujas, Lovaina, Amberes serán ciudades queridas, donde había encontrado múltiples satisfacciones y sabores. Pero ¿dónde no había encontrado ambas cosas una personalidad tan descollante como la de Erasmo? Sorbona, Alcalá, Lovaina, Basilea, Londres, Oxford, Roma, Florencia. Por doquier tendrá admiradores múltiples, pero igualmente detractores. En Inglaterra tendrá a sus mejores amigos. Pero allí aparecerá también su primer adversario: Lee. Luego Zúñiga, en el ambiente de entusiasmo erasmista de Alcalá. Y Bèda, en la Sorbona querida y admirada. Y Dorp, el amigo querido en Lovaina. Paz, bellas letras, Teología. Erasmo ve un antagonismo entre las primeras dos y la Teología. La Teología, dice, «hasta ahora la profesaron casi exclusivamente quienes tienen por las bellas letras invencible antipatía, con lo cual protegen más fácilmente su ignorancia so pretexto de religión, con el fin de que la masa indocta se persuada de que la atropellan quienes atacan su barbarie». Salva a pocos de este severo juicio, entre ellos a Lefèvre d'Étaples. (Carta a Capiton, 26 de febrero de 1517.)

El nombre de Erasmo preside, en efecto, a lo largo de los años, una bella República europea. La república de la Inteligencia. La Europa de los humanistas. Así están las cosas desde que sale de Steyn para París y Londres, a lo largo de todas sus fecundas peregrinaciones, hasta Friburgo y Basilea, donde vuelve a esperar su muerte. Este ciudadano del mundo es el símbolo de la amistad. De una bella amistad. La amistad que le une con Colet y Moro. Con excepción de Zúñiga, casi todos los enemigos de Erasmo fueron sus amigos: Lee, Bèda, Dorp, Zwinglio, Hutten, Oecolampadio. Como humanista de auténtica estirpe, Erasmo cultiva desde joven la amistad. Cree en la amistad. Cree que Europa es un todo que pertenece a una minoría intelectual fuertemente unida en sus propósitos e ideales. Este sentimiento le acompaña, a pesar de tantas desilusiones a través de la vida, desde que, a los veinticinco años, se propone abandonar Steyn junto con Guillermo Harmens, compañero de convento y en el culto a la poesía. La amistad nace en Holanda con Harmens y Batt. Los años de viaje y de aprendizaje van juntos, en la vida de Erasmo, con la amistad. Los maestros se convierten en amigos. Por otra parte, desde su misma juventud, Erasmo mismo es a la vez, donde va, discípulo y maestro. Cuando llega a París como huésped del colegio de Montaigu, creado en el espíritu de la *Devotio moderna* por Juan Standonck, Erasmo no se siente en su elemento, en la disciplina rigurosa de la regla. Prepara su doctorado en Teología, pero al mismo tiempo es autorizado a

dar clases de Sagradas Escrituras. París, la Sorbona, no le satisfacen plenamente. Ha penetrado allí el humanismo a través de Robert Gaguin, que será su amigo, y sobre todo a través de Jacques Lefèvre d'Étaples, que habrá traído de Italia el neoplatonismo. Pero seguían las disputas tradicionales entre tomistas y escotistas. Esto a Erasmo no sólo no le interesa, sino que le repugna. A través de estas disputas y su formalismo no podrá encontrar ni la verdadera sabiduría, ni la compañía útil y placentera de los antiguos, ni la posibilidad de acercarse al espíritu evangélico y a los Padres de la Iglesia. No le gusta la escolástica, pero tampoco le gustan las escuelas: el platonismo o el aristotelismo. Sin embargo, años más tarde, en 1519, escribirá desde Lovaina a Luis Vives: «La Universidad de París, en género de erudición que se propuso, siempre conservó la primacía, y con todo, se complacía en que se le agregue el cultivo de las letras de humanidad... Años hace, no muchos, que esta Universidad iba de capa caída. En la actualidad aumentada su fama por la autoridad que confiere el estudio de las buenas letras, admira ver cómo yergue su cresta, cómo levanta el sobrecejo, cómo medita el despotismo.»

Es un espíritu libre, que quiere descubrir la verdad y la belleza en todos los órdenes, fuera de todo tipo de dogmatismos. Le atrae solamente el humanismo literario. Por ello no le vemos en compañía ilustre de un Lefèvre d'Étaples, su *alter ego* francés, sino en la de Robert Gaguin, Gaguin será en poco tiempo lo que Erasmo deseaba que fuese: maestro y amigo. Con Gaguin, con el cual colabora, como hemos visto en otro lugar en la edición del libro *De origine et gestis Francorum*, entra Erasmo en el círculo de los humanistas parisienses. Después de la etapa parisiense, Erasmo quisiera que los pasos le llevaran hacia Italia. Pero no es así. En compañía de Mountjoy, va a Inglaterra. Tierra de grandes amigos, tales como John Colet, Tomás Moro y Fisher. El primero de éstos tendrá una gran influencia sobre el desarrollo intelectual de Erasmo. A él, a su amistad y a sus posibilidades, deberá en gran parte Erasmo la posibilidad de ser, además de un gran literato humanista, un teólogo y exegeta bíblico de gran rigor filosófico y crítico. Otra vez, alrededor de Erasmo se unen en una misma persona la amistad, el magisterio y la fraternidad en los estudios. Al mismo tiempo que aprende de Colet teología, el propio Colet le invita a dar clases de exégesis bíblica en Oxford. Se trata de comentar las Epístolas de San Pablo y los libros de Moisés e Isaías. Erasmo rechaza el ofrecimiento por no encontrarse suficientemente preparado. Quiere aprender el griego, instrumento indispensable para esta tarea. Pero el hecho es que en Oxford Erasmo hace una de las primeras grandes experiencias intelectuales de su vida. Descubre indirecta-

mente la experiencia italiana del humanismo, y en este encuentro fecundo se descubre a sí mismo y sus grandes posibilidades creadoras (9).

En el periplo europeo de Erasmo una buena parte de lo que deja atrás le acompaña a lo largo de su existencia. Y algo muy importante en ello es la amistad con los grandes espíritus. Así son las amistades de París, así la amistad de Colet y Tomás Moro. Estas dos últimas son, en verdad, ejemplares. Sus etapas pueden ser seguidas a través de la correspondencia de Erasmo. Se trata de una comprensión del valor humano e intelectual de cada uno, sin que esto quiera decir que existe siempre acuerdo en todo. Por su temperamento, por su espíritu libre, por su carácter polémico, lleno de sarcasmo y capaz de utilizar todas las armas cuando se trataba de la verdad y de cosas esenciales, Erasmo sabe discutir apasionadamente con sus amigos. Con Colet lo hace ya desde los tiempos en que éste es su maestro en Teología. Lo hará a lo largo de la vida con amigos y discípulos de toda Europa. Pero la gran amistad, una amistad que no conoce sombras y que es digna de los grandes espíritus, unirá a Erasmo con Moro. Es una amistad profunda que tiene un momento culminante en la identificación de cada uno de los protagonistas en la obra del otro. Moro considera de verdad como suyo el *Elogio de la locura*, tal como le había pedido Erasmo en su dedicatoria. Erasmo asume como propia la *Utopía*, de Moro, y bombardea año tras año a amigos e impresores para que la lean, la difundan y la defiendan y proclamen como gran libro del siglo. Por ello tenía razón Tomás Moro al escribir de Erasmo: «No hay cosa que él haga con mayor placer que predicar las bondades de sus amigos ausentes delante de sus amigos presentes, dado que siendo él apreciadísimo de muy muchos en diversas partes del mundo, en gracia de su saber y de la suavidad de su trato, pone toda diligencia y esfuerzo en que, ya que todos son una misma cosa en espíritu, unirlos a todos en el mismo espíritu entre sí. No cesa en hacer singular enumeración ante todo el mundo de cada uno de sus amigos y por iniciarlos a todos en recíproca amistad, en exponer las dotes y cualidades de cada uno, por las que merece estimación.» Esta imagen de la amistad aparece en su plenitud en la carta que Erasmo dirige a Hutten en elogio de Moro. Está fechada en Amberes, el 25 de julio de 1519. Es en realidad un elogio de la amistad, la más bella virtud humana tal como la proclamara Platón: hermosura espiritual vista con ojos del espíritu. Hutten pide a Erasmo que le describa a Moro. Cosa difícil, escribe Erasmo, ya que se trataría de descubrir «la contemplación mental del más dulce y suave de todos los amigos». En tono

(9) Cfr. MARCEL RAYMOND: «Les "découvertes" d'Erasme en Angleterre», en *Mélanges Renaudet*, 1952, págs. 117-23.

«exaltado a extremos límites, no sin un deje de ironía acaso, Erasmo afirma que no sabe «si Moro sufriría ser retratado por cualquier artista. Ni pienso tampoco que sea empeño más baladí pintar a Moro que a Alejandro Magno o a Aquiles; ni ellos serán más dignos de la inmortalidad que nuestro Tomás Moro». Hace su descripción física: bellas proporciones, semblante expresiva, perpetua sonrisa, «solamente sus manos son algún tanto aldeanas, especialmente en relación con la corrección de las demás partes del cuerpo». Es descuidado en el aliño y arreglo corporal. Salud buena, que permite prever que tendrá una larga vida. Viste con sencillez. No le gusta la vida de Corte. Tiene antipatía a la coacción, «así como la igualdad siempre le fue gratísima». Moro «es apasionado de la libertad y del ocio fecundo», pero así como sabe aprovechar este ocio cuando se le presenta, así también cuando las circunstancias lo exigen nadie le supera en vigilancia y en tenacidad en el cumplimiento del deber». Es el símbolo sobre todo de la amistad. Fácil de abordar para la amistad, constante en ella. En conversar con sus amigos encuentra el mayor placer de su vida. Se cuida de todo lo que es de sus amigos más que de lo suyo. Por su carácter es capaz de serenar a cualquier hombre y cualquier situación. Espíritu alegre, es el que «me instó para que escribiera el *Elogio de la locura*. El fue quien, camello como soy, me invitó a un paso de baile». Sabe adaptarse a todas las personas y situaciones. Pero «nadie menos que él se deja llevar del juicio del vulgo; pero, en cambio, nadie anda menos alejado que él del sentido común». Desde su primera juventud «estuvo imbuído en las buenas letras». Estudia letras griegas y filosofía, contra la voluntad de su padre, pero es también un excelente jurista. Conoce a los Padres de la Iglesia. Practica la piedad y la oración. Posee una familia perfecta. Triunfa en los negocios, siendo «ajenísimo su espíritu de la sórdida ganancia». Es generoso en extremo. Es una gloria intelectual de la Corte de Inglaterra, donde brillan glorias como Montjoy, Linacre, Pace, Colet, Latimer, Tunstall, Clerk en una verdadera «edad de oro» de este país. «Ahí tienes, concluye Erasmo, el retrato del mejor de los modelos diseñados no muy bien por el más desdeñado de los pintores». Dos años más tarde, en carta a Guillermo Budé, Erasmo volverá a hacer la apología de Moro, en aquella fecha tesorero del Rey, alegrándose de las posibilidades que así tendrán los estudios y las buenas letras en Inglaterra. «No hay viaje, no hay negocio por intenso, por arduo que sea, capaz de arrancar de manos de Moro sus queridos libros, y con todo, difícilmente hallarás a otro que para todos sea más que él hombre de todas las horas» (10).

(10) Cfr. W. E. CAMPBELL: *Erasmo, Tyndale and More*, The Bruce Publishers Comp. Milwaukee, 1950, 279 págs.

El epistolario entre Moro y Erasmo dura largos años. Precisamente desde octubre de 1499, cuando Erasmo escribe al futuro canciller-mártir desde Oxford, hasta junio de 1533, cuando Moro le escribe a Erasmo desde Chelsea. Pero se puede decir que esta correspondencia no acaba aquí. Durante la detención de Moro, Erasmo pregunta a todo el mundo por él y su suerte. Después de su muerte, hasta la muerte del propio Erasmo, su interés por el gran amigo desaparecido sigue incólume. La amistad perdura a través de largos años de comunicación, en que vibra lo más auténtico de la vida y la cultura europea de la época. Hay en ella tal riqueza de argumentos, tantas situaciones apasionadas, tantas personalidades de la cultura europea. Impresiona, en este sentido, la admiración que ambos sienten por Vives, más joven que ellos, pero espíritu de gran profundidad. Así lo proclama Moro en carta a Erasmo en 1519 cuando escribe: «Tengo vergüenza de mí mismo, querido Erasmo; de mí mismo y de mis semejantes, que con uno o con dos librillos, ineptos por lo regular, nos ufanamos y henchimos de viento cuando veo a Vives que tan joven ha publicado tantas obras tan atildadas, tan elocuentes, tan profundas. Gran cosa es conocer a fondo una de las dos lenguas: Vives se demuestra en ambas perito consumado.»

Con el «prodigioso Juan Vives» Erasmo tiene relaciones muy íntimas, que se traducen en un rico epistolario y que hacen de puente en cierto modo entre Erasmo y España. Pero su relación es una relación europea en el más alto sentido de la palabra. Vives se preocupa por la obra de Erasmo, por sus intenciones, por su ortodoxia, por las polémicas que suscita, por su proyección europea y cristiana. A su vez, Erasmo admira el ingenio del joven humanista español, hasta el punto de escribir, un hombre de su orgullo intelectual: «Este es uno de aquellos que han de eclipsar el nombre de Erasmo. A los restantes yo no les presto un favor igual. Es un prodigioso temperamento filosófico.» Vives le escribe desde París, hablándole de los admiradores de Erasmo, de los escritos de Budé, el amigo-enemigo de Erasmo, del cual el gran humanista diría: «Jamás conseguirá enajenarse a Erasmo, aunque escribiere contra mí las más atroces invectivas». Le escribe desde Brujas, dándole cuenta de que a través de Vergara ha sabido que Zúñiga-Estúñiga ha lanzado graves ataques e injurias contra Erasmo en España. Si a través de Moro y Colet Erasmo está presente en Inglaterra, a través de Vives lo hallamos presente en proporciones impresionantes en España, en la cultura y en la vida religiosa del país.

Al tema ha dedicado un estudio exhaustivo Marcel Bataillon (11). Es un

(11) Cfr. op. cit.; cfr., igualmente, para la presencia de Erasmo en España y Portugal: BATAILLON: *Etudes sur le Portugal au temps de l'humanisme*, Acta Univ. Conim-

modelo de erudición y de estilo para tener una idea de la proyección europea de Erasmo. El nombre y las ideas del humanista penetran en una España en un momento de plenitud. El momento de Cisneros, de la Universidad de Alcalá y de la Biblia Políglota, en que «por encima de los siglos de la escolástica Alcalá volvía a la tradición de los Padres de la Iglesia (volumen I, pág. 22). Momento ideal para la presencia de Erasmo en un ambiente de fecunda fiebre humanista, donde el erasmismo nace de un deseo de renovación, si cabe decirlo, antes de Erasmo. Antonio de Nebrija, escribe Bataillon, «no solamente es el precursor del erasmismo español, sino que se anticipa al propio Erasmo» (vol. I, págs. 29-30), en cuanto hombre del Renacimiento cristiano. La amistad entre Erasmo y Vives tiene lugar en el instante en que se produce la transición de la España cisneriana a la España erasmizante. Los redactores de la Biblia Políglota se entusiasman por la *Novum Instrumentum*. Cisneros invita a Erasmo a España. Erasmo no puede aceptar esta invitación y tampoco podrá ir a España algún año más tarde, cosa que recordará con gran pesar. Por otra parte, como observa Bataillon, España le asusta en cierto modo. El hombre que, como humanista cristiano, rechaza el espíritu hebraico del Antiguo Testamento, teme enfrentarse con una Península Ibérica «profundamente semitizada». Nunca puede aceptar el mundo del Talmud y la Cábala: «Preferiría, escribe a Capiton, ver a Cristo envenenado por Escoto que por estas boberías. Los judíos abundan en Italia; en España apenas si hay cristianos. Tengo miedo de que la ocasión presente haga que vuelva a levantar su cabeza la hidra que ya ha sido sofocada.» Pero llegan los primeros años del reinado de Carlos V, en que «España se ve arrastrada vertiginosamente dentro de la órbita de la política borgoño-noflamenca» a saber: un período «en que el pensamiento de Erasmo penetra de manera decisiva en todos los centros españoles de vida intelectual». Los erasmistas empiezan por ser una minoría en la Corte imperial: Valdés, Vives, Luis Núñez Coronel, Juan de Vergara, Maldonado o grandes o menos grandes personajes eclesiásticos: los arzobispos Fonseca de Toledo y Manrique, inquisidor general de Sevilla, Arcediano del Alcor, Alonso de Virués, Bernardo Pérez (12). Pero en pocos años el movimiento trasciende «a masas

brigensis, 1952, XII-307 págs.; Longhurst John E., *Alfonso de Valdés and the Sack of Rome*, Univ. of New Mexico Press, 1952, 120 págs.; «The Alumbrados of Toledo», en *Archiv für Reformationsgeschichte*, Gütersloh-in-W., 1954, págs. 233-53; *Alumbrados, erasmistas y luteranos en el proceso de Juan de Vergara*, «Cuadernos de Historia de España», Buenos Aires, 1958, vol. XXVII, págs. 99-163, y vol. XXVIII, págs. 102-65; DÁMASO ALONSO: *Antología crítica*, Escélicer, S. A., Madrid, 1956, 334 págs.; *De los siglos oscuros al de oro*, Ed. Gredos, Madrid, 1964, 293 págs.

(12) DÁMASO ALONSO: *De los siglos oscuros...*, cit., págs. 211 y sig.

considerables de la población de España», a pesar de la oposición de los frailes y de la polémica que ya en 1520 inicia Zúñiga en Alcalá contra el *Nuevo Testamento*, de Erasmo, siguiendo la línea abierta por el inglés Lee, que había acusado poco antes al humanista de atentar «contra la majestad de la Vulgata canónica». «El público español de aquellos años —escribe Dámaso Alonso—, lee ávidamente a Erasmo y se apasiona en favor o en contra de él. Y que Erasmo es un éxito de librería, un *best-seller*, lo prueba la serie de traducciones de sus obras que se publicaron por entonces en español y las ediciones relativamente numerosas que alcanzan algunas de ellas. El *Enquiridion* se imprime por lo menos siete veces en treinta años y aproximadamente otras tantas los *Coloquios*». En la famosa Junta de Valladolid de 1527 los erasmistas parecen vencer, con la ayuda de los altos dignatarios eclesiásticos, la oposición de los frailes. Pero en los años venideros los anti-erasmistas vencerán, y se inicia el período del «crepúsculo» de Erasmo en España en el espíritu de Trento, sin que esto quiera decir que los «soterrados hilos» de la influencia de Erasmo no sigan formando su «finísima red» en los siglos XVI y XVII, como observa Américo Castro y se manifieste en la creación literaria del Siglo de Oro, hecho reconocido por el propio Menéndez Pelayo, sobre todo en Cervantes y fray Luis de Granada o Quevedo. Arias Montano, según Américo Castro, se esfuerza en «salvar de Erasmo lo que fuere posible».

Pero si la presencia de Erasmo en España ofrece peculiaridades dramáticas y de especial intensidad, por las nuevas vivencias religiosas del país, por la conciencia humanista relevante que se despierta, por tendencias fuertes en pugna y por la proyección de la política imperial y del erasmismo de la Corte de Carlos V, la influencia de la obra, de las ideas nuevas, de la propia personalidad del humanista no es menor en el resto de Europa. Su trato con los Reyes, Príncipes y humanistas lo demuestra. La difusión prodigiosa de su obra en todas partes es una prueba de gran alcance. Las polémicas con Lee, la Sorbona, Lefèvre d'Étaples, Lovaina, Luther, Hutten, Zwingli, Oecolampadio, Aleandro, Alberto Pío de Carpi, Scaligero, Von Eppendorff, constituyen igualmente un argumento de esta presencia viva y de su ancha influencia en la cultura y el movimiento renovador europeo de la época. Tanto el humanismo cristiano de Erasmo como su creación literaria original y su ensayística, como su humanismo cultural que marca el espíritu del Renacimiento, están destinados, en su proyección europea, a despertar entusiasmo y a suscitar críticas.

Los orígenes de ambas actitudes son diversos. No se puede decir que

solamente los tradicionalistas atacan a Erasmo, que únicamente los nuevos espíritus, los reformistas, le siguen y aprueban. Admiradores y detractores encuentra él en ambos bandos y categorías del saber. Por temperamento, por conveniencia, por los azares de una época en agitación. Lo importante es que, de una forma u otra, Erasmo está presente en toda Europa. Esta presencia, a través de sus obras y de su vasta correspondencia ha sido estudiada lo más profusamente posible. Los humanistas alemanes le reciben en triunfo, camino de Basilea. Su amistad y defensa de Reuchlin son célebres. Su amistad-enemistad con Hutten constituye una página apasionante de su vida. Su entendimiento con Melanchton será permanente, incluso en medio de las polémicas más enconadas y después de su ruptura definitiva con Lutero. A Pirckheimer, el amigo de Nurenberg, le escribe en julio de 1529 su carta famosa de despedida de Basilea, donde le cuenta con nostalgia su estancia de ocho años en la ciudad suiza y le habla de su amistad con Antonio Fueger, el banquero imperial de Ausburgo, prueba de que no todos en Europa son Sutor, Bèda, Lee o Zúñiga. Esta carta es un documento de gran dramatismo, de la proyección europea de Erasmo, en los últimos años de su vida. Refleja mejor que cualquier otro documento su situación, su prestigio, sus pesares. Cuenta su gran etapa de Basilea. «Más de quince años ha que comencé a tener relaciones con aquella ciudad, que tantas veces visité viniendo de Brabante, y últimamente, por espacio de ocho años continuos, fruí de su hospitalidad, de veras grata y buena. Allí tuve a Juan Froben por amigo; amigo más sincero no podía yo desearlo ni aun enviado del cielo. Y no otra era la disposición del ánimo de toda su familia; por ello mi benevolencia para con sus hijos no sufrió mengua con la muerte del padre. Por esta razón yo había adoptado aquella ciudad en lugar de patria.» Hace un canto a Basilea, que como ninguna ciudad le había ofrecido hospitalidad. Antes de que el luteranismo se instale allí, todos le quieren bien. Erasmo no quiere asociarse «a su tumultuoso movimiento, no ya como caudillo, sino como soldado de filas». A su espíritu le repugna toda mentalidad de facción. Sólo el cuidado de su obra le retiene allí aun en medio de los tumultos iconoclastas. Oecolampadio se siente víctima de la ironía de Erasmo por unas alusiones del coloquio *El cíclope*. Se reconcilian aparentemente: el nuevo jefe protestante le ruega que permanezca en Basilea. Pero Erasmo se va. Cuenta en la carta los pormenores de su marcha y se declara libre de ir a donde quisiera en virtud de un documento por el cual «podrá viajar con la inmunidad por todo el señorío del César Carlos y de Fernando».

Su preocupación por la paz de Europa sigue siendo grande. La Dieta de Espira no ha conseguido nada. «Con tantos años como ha que casi ninguna parte de Europa deja de sufrir alteraciones, yo no veo otra cosa sino pre-

ludios de guerra.» La misma preocupación está patente, en las mismas circunstancias de su vida, en una carta que dirige a Juan Botzemo, echado por los luteranos de Constanza: «Corre el rumor, escribe, demasiado firme porque pueda parecer vano, que entre el César y el Rey de Francia quedó zurdida la concordia... Si no resulta mentiroso este rumor y se establece un hermoso acuerdo entre el César, el Pontífice, el Rey de Francia, el Rey de Inglaterra y los Príncipes restantes, habrá que pedir con fervorosas oraciones que sus voluntades todas conspiren unánimemente a que la piedad evangélica retoñe con la prístina lozanía.» Los últimos años de su vida están dominados más que ninguna por esta preocupación. La paz y la unidad de Europa. El deseo que a través del prestigio y de su personalidad y consejo contribuya a ellas. Desde Friburgo le escribe a Bautista Ignacio, manifestando el temor de que la llegada del Emperador no provoque nuevos sangrientos disturbios en Alemania, cuyas ciudades se preparan para la guerra. En carta a Juan Rinck lamenta que los países de Europa se despedacen entre sí, mientras los turcos han ocupado Hungría y amenazan a Austria.

Le preocupa la paz de Europa. Paz política, pero igualmente paz del espíritu. No descansa en luchar por ambas. La correspondencia que mantiene con los Monarcas europeos tiene sobre todo estos temas: informarles sobre sus obras teológicas y su significado, recomendarles laborar por la paz entre sí, aconsejarles la paz religiosa y espiritual en sus reinados. Al volver Francisco I de su cautiverio de España reconoce que el Tratado de París le ha impuesto condiciones severas, «por no decir inicuas». Pero sigue recomendando una firme concordia entre los Monarcas cristianos, ayudando así los estudios y la causa de la Iglesia. Al mismo tiempo pide su ayuda contra la campaña de calumnias que han lanzado contra el humanista Jacques Lefèvre d'Étaples (Jacobo Faber) y contra el propio Erasmo. La Sorbona había declarado ya la guerra a los escritos de Erasmo, condenando en junio de 1524 algunas *Propositions* y algunos *Coloquios* en diciembre de 1524. El mismo mes Pierre Le Couturier había atacado el *Nuevo Testamento*, de Erasmo. En junio de 1525 la Sorbona condena la *Querela Pacis*, al mismo tiempo que Erasmo escribía a Bèda: «Berquin e yo hacemos dos» y la Sorbona condenaba tres traducciones de opúsculos de Erasmo, realizados por Berquin. En mayo de 1526 la Sorbona prohíbe a los jóvenes la lectura de los *Coloquios* y Badius publica las *Annotationes* de Bèda contra Erasmo y Lefèvre d'Étaples. En julio siguiente Erasmo escribe al mismo tiempo a Francisco I, al Parlamento de París y a la Sorbona, defendiéndose contra los ataques de Bèda. Siguen conciliábulos durante todo este año entre la Sorbona, el Parlamento y el Rey en torno a Erasmo y a los ataques levantados contra él por Bèda y la Sorbona. Los ataques se extenderán en toda Europa, cosa que deter-

minará en febrero de 1527 al canciller Gattinara a pedir a la Universidad de Lovaina que deje a Erasmo en paz. En efecto, los grandes están al lado de Erasmo. Así ocurre en la Corte de Carlos. Así con el Rey de Francia. Así con los Papas que le admiran y protegen contra la furia antihumanista de ciertos teólogos de viejo estilo. Así en la Asamblea de Valladolid, donde el propio Manrique le protege. A Manrique le escribirá Erasmo a propósito de Lee y sus ataques, pero pensando, sin duda en Zúñiga y los monjes de Valladolid: «Lee sabe que atacándome contraría a sus mejores compatriotas: al Rey, a la Reina, a Fisher y a Moro», dedicándole luego —a Manrique— su obra *Apología ad Monachos quosdam Hispanos*.

Con Faber, Erasmo había tenido una fuerte polémica años antes. Pero ahora lo que le preocupa es la campaña de los enemigos comunes en Francia contra Luis Berquin. Budé y sus amigos; Budé que antes consideraba a Erasmo descubridor de la verdad evangélica y teológica, liberado de las «tinieblas cimerias», buscan la perdición de Berquin y quieren mezclar a Erasmo en el asunto. Erasmo se pronuncia sin ambages, defendiendo a su traductor Berquin, a Faber y a sí mismo, y pidiendo al Rey que defienda la paz espiritual en su capital contra los que la quieren turbar. Más de una vez la causa de la ortodoxia de Erasmo coincide con la causa de la paz espiritual de los pueblos de Europa.

Erasmo está presente en todas partes. Europa y su concordia política y espiritual está en el centro de sus preocupaciones siempre, sobre todo al final de su vida cuando ve más amenazados sus ideales de entendimiento entre los hombres y las naciones. Sus contactos van hasta los confines últimos del Continente. Hasta Portugal, en el extremo Occidente, hasta Polonia, Bohemia y Hungría en el Este. Marcel Bataillon se ha ocupado ampliamente de los contactos de Erasmo con Portugal. Las cartas entre Erasmo y el humanista y mercader Erasmo Schets, de Amberes, constituyen un documento en esta materia. A través de Schets, Erasmo toma contactos con el Rey Juan III de Portugal, al cual le dedica una traducción de Juan Crisóstomo y le habla de la obra civilizadora y evangelizadora del país lusitano. Le habla igualmente del padre del Rey. A Portugal, en carta a Schets, Erasmo la considera nación que «seriamente cultiva las buenas letras» y los estudios teológicos y «navegando y ocupando tierras, pregonó la fe de Cristo casi por todo el círculo del Orbe». Un discípulo de Erasmo es el humanista portugués Damião de Gois, que transcurre cinco meses en Friburgo en 1532. Pero Erasmo no sentirá nunca aquella vibración de Vives por los descubrimientos, cuando escribirá: «Verdaderamente se ha abierto al género humano su Orbe.»

Al otro extremo de Europa, en Bohemia, Polonia y Hungría encontramos igualmente presente a Erasmo. Sus libros encuentran inmediatamente impre-

sor en Praga. Sus contactos con Polonia, con María de Hungría, viuda del Rey Luis y hermana del César Carlos y de Fernando, a la cual dedica la *Viuda cristiana* (febrero de 1529), su correspondencia tan interesante con el humanista Nicolás Olachus, de stirpe rumana, orgulloso de su origen latino, constituyen otras tantas pruebas de esta presencia, y del europeísmo de Erasmo. Este «polígrafo», «que no cesa de perseguir la guerra con su pluma», como diría irónicamente Charon, es un europeo que quiere a Europa como totalidad, su paz, su unidad, su cultura como base de su fortaleza. En Polonia conserva trato constante con Juan Laski, comprador de su biblioteca y que será apóstol del luteranismo de Polonia, con Pedro Tomicki, obispo de Cracovia y el cardenal Hosius (13). El 20 de junio de 1525 Juan Laski, huésped de Erasmo en Basilea, compra su biblioteca, dejándosela en uso durante toda su vida. El mismo año Erasmo dedica el ensayo *De lingua* a Cristóbal Szydlovic, canciller de Polonia, y a Andrés Grziczki, obispo de Przemysl, le envía la obra de Tunstal *De Arte Supputandi*. A Laski dedicará Erasmo, en agosto de 1527, los cuatro tomos de la edición de *San Ambrosio*. Meses más tarde informará al mismo Laski: «En Inglaterra, mis enemigos son reducidos al silencio, porque los Grandes me son todos favorables: el Rey, la Reina, Moro, Tunstal.» En 1533 escribirá de nuevo a Laski, hablándole largamente de Tomás Moro, su amigo. En 1528 Andrés Zebrzydowski, futuro obispo de Cracovia, es huésped de Erasmo en Basilea. Interesante, sobre todo, es el cambio de cartas entre Erasmo y Pedro Tomiczki, obispo de Cracovia. En una de ellas, fechada en Friburgo el 28 de febrero de 1535, el humanista le habla, entre otras cosas, de la situación en Europa. «Asistimos —dice— a una fatal revolución y mudanza de las cosas.» Habla del triunfo del protestantismo en Alemania, en Inglaterra, donde continúan en la cárcel Juan Fisher, «varón tan pío como docto, y aquel único sol de Inglaterra, Tomás Moro», y de la persecución religiosa en Francia. El César se prepara para la guerra. En Roma hay nuevo Pontífice, Alejandro Farnesio, Papa Pablo III, en quien Erasmo confía pueda sosegar «las alteraciones de la Iglesia». A su vez, el obispo polaco informa al humanista, le desea salud y fuerza para aprovechar con su obra y consejo largo tiempo «a la república cristiana». Le comunica que su Rey está en guerra con los moscovitas. En otra carta de Erasmo, del 31 de agosto, le habla a Tomiczki del sacrificio de Tomás Moro. «En Moro —dice— pareceme estar muerto yo mismo, a tal punto era la misma alma de los dos,

(13) AMBROISE JOBERT: *Erasme et la Pologne*, Cahiers d'Histoire, Univ. Lyon, 1961, tomo VI, I, págs. 5-20; MARIA CYTOWSKA: «L'Influence d'Erasmus en Pologne au XVI^e s.», en *Renaissance und Humanismus in Mittel-und Osteuropa*, II, Johannes Irmischer, Berlín, 1962, págs. 192-96.

según la expresión de Pitágoras.» «Pero —concluye sabia y escépticamente— estas son las alteraciones y contrastes de las cosas humanas.»

Interesantes son, por fin, las relaciones de Erasmo con la Reina viuda María de Hungría y, sobre todo, con su consejero el gran humanista Nicolaus Olachus. A María de Hungría, a quien dedicará la *Viuda cristiana*, le envía palabras de consuelo y le explica que tal como este libro le es consagrado, lo fueron libros parecidos a sus parientes: el *Príncipe cristiano*, al César Carlos; la *Paráfrasis del Evangelio de San Juan*, a Fernando, Rey de Hungría y Bohemia; el *Matrimonio cristiano*, a Catalina de Inglaterra. María insiste, sea directamente, sea a través de Olachus, para que Erasmo vuelva a Brabante. Le ensalza sus virtudes y merecimientos, su doctrina y singular erudición a favor de la «república cristiana». El cambio de cartas con Olachus es importante, diecinueve de este último a Erasmo, trece las del humanista de Friburgo al consejero real de Bruselas. Estamos en 1530. Olachus tiene treinta y siete años, Erasmo sesenta y cuatro. La correspondencia dura hasta 1534 (14). Ambos se tienen una gran admiración. Erasmo aprecia en el joven humanista rumano-magiar, su sinceridad, la lealtad con los amigos. «El retrato de Olachus —le dice— está impreso en mi alma y no puede ser borrado» (octubre 1530). «Lo único que te pido es que sigas siendo Olachus, porque en este nombre se contienen todos los bienes de la amistad.» Ante la insistencia de volver a su patria de origen, el viejo humanista contesta: «La patria no se puede quejar de mí. No sé de quien soy el ornamento. Ciertamente, ella no me ha dado mucho, ni en lo que concierne al ornamento ni en cuanto al éxito.» El recuerdo de las pensiones no pagadas por la Corte, de los ataques de los *Lovanienses*, del año difícil de 1527, cuando desde todas partes se acumulan las polémicas contra Erasmo, la imagen de Alejandro, inspirador de los ataques de Alberto Pío, los ataques de los monjes en España a los cuales ni el Emperador pudo acallar, las censuras de la Sorbona, todo está en la mente de Erasmo. Al humanista oriental le hace un cuadro completo de la situación. Le habla de la ignorancia y el fanatismo de los monjes de Brabante, «una clase de hombres como no puede ser más imbéciles y salvajes», de su fuga necesaria de Lovaina tantos años antes. En una carta de 1533 precisa que se marchó de la patria porque «alguien había aconsejado al Emperador que se me confiara a mí el problema luterano. El autor de este consejo fue Juan Glapion.» La intención no era buena, sino para tender una trampa a Erasmo, a quien consideraba sospechoso de luteranismo. «Siento muchas

(14) Cfr. *Umanistul Nicolae Olahus (Nicolae Românu) 1493-1568*, textos escogidos y estudio introductivo y notas por J. S. FIRU y CORNELIU ALBU, Editura Stiintifică, Bucarest, 1968. 278 págs.

cosas —concluye— pero el pesar de aquella marcha nunca lo tendré, pese a que no perdí mi fe y hubiera podido envejecer allí muy tranquilo.»

El humanista de Europa, explica al final de su vida al humanista de la marca oriental de Europa, el drama de su vida. La voluntad tensa de no tomar partido en la gran disputa que despedazará las almas y el cuerpo de Europa. Le recuerda las promesas y halagos de monarcas católicos o de los dirigentes protestantes. Pero reafirma la conducta de su vida entera: no tomar partido por ninguno de los bandos, sino por la paz, la concordia y la unidad de Europa. Por el imperio del espíritu, de la inteligencia y la cultura. Hay un simbolismo cuyo significado nos parece como una especie de colofón final de una obra y una actitud mental, en este contacto último de Erasmo, el gran humanista y el joven humanista Olachus, futuro arzobispo primado y regente de Hungría, descendiente, como diría su diploma de nobleza, firmado por el Rey Fernando en 1548, de los Príncipes de la «Dacia valaca, que ahora es patria de los rumanos». Dos grandes espíritus viven en este diálogo postero del gran humanista con el humanista joven, la tragedia y las esperanzas de Europa.

Porque si no es verdad que Erasmo quisiera de verdad, como afirma hoy un ilustre intérprete suyo, crear una «tercera fuerza» entre las ideologías opuestas de la Reforma y la Contrarreforma, es cierto, sí, que el gran humanista europeo representará en su tiempo y abrirá los horizontes de la «civilización del diálogo» (15). Es cierto que la Europa que siguió a Erasmo no vivió bajo el signo de su mensaje. No fue su *Príncipe cristiano*, el Príncipe de la Paz, el que reinó en sus naciones, sino el *Príncipe* de su gran contemporáneo en las bellas letras: Nicolás Maquiavelo. Pero en la República europea de los espíritus el mensaje de Erasmo, el europeo, siguió vivo. En esta República no hubo un verdadero «crepúsculo de Erasmo», ni su obra fue considerada letra muerta e inactual. En este campo el interés por él nunca se apagó. Fue el suyo un mensaje humano, espiritual, europeo en el más noble sentido. Mensaje de la paz, que impresionara a Montaigne, a Spí-

(15) Cfr. FRIEDRICH HERR: *Die dritte Kraft (Der europäische Humanismus zwischen den Fronten des Konfessionellen Zeitalters)*, Frankfurt a. Main, Fischer Bücherei, 1959, 742 págs. Sobre la «futura» Europa de Erasmo a través del tiempo, cfr. WERNER KAEGI: «Erasmo da Rotterdam», en *Meditazioni Storiche*, Bari Laterza, 1960, págs. 115-23; «Erasmo nel secolo XVIII», *Ibid.*, págs. 124-54. Se nos perfila un Erasmo europeo, antibárbaro, teólogo. Un Erasmo que el siglo XVIII, sobre todo Voltaire, Herder y el romanticismo del «Sturm und Drang», redescubren en un sentido vasto y profundo; ROBERT ADAMS: *The better part of valor. More, Erasmus, Colet, Vives, Humanism, War and Peace 1496-1535*, Washington, 1960, sobre las doctrinas irenistas de los humanistas cristianos.

noza, a Kant, a Diderot, a Voltaire, a Leibnitz, a Herder, a Swift, hasta a los apóstoles de la paz de nuestro tiempo. El éxito, la actualidad, la universalidad del europeísmo de Erasmo está aquí: portador eterno de la «civilización del diálogo» y su auténtica inagotable fuerza vivificadora. Es esto lo que nos hace familiar y necesaria su figura en una época tan atormentada como la nuestra.

JORGE USCATESCU

R É S U M É

Erasme est toujours entre nous pour beaucoup de raisons et bien qu'il y ait maintenant cinq cents ans qu'il est mort. Erasme a vécu dans un nouveau milieu créé par son époque: celui des imprimeurs. Mais il a aussi vécu en compagnie de l'Empereur, des Papes et des Rois de son temps. Il fut un européen dans le sens moderne du mot, l'un des grands européens.

Erasme vit dans les maisons de ses imprimeurs et il aime collaborer à leurs tâches. Il se sent impliqué dans l'avenir de ce nouvel instrument, diffuseur de la culture et créateur d'une nouvelle conscience européenne. Mais une conscience européenne qui manifeste son humanisme dans d'autres aspects de sa vie et dans son oeuvre, dans ses rapports avec les grands d'Europe, dans ses relations et amitiés avec les grands humanistes de son temps, dans sa doctrine de la paix et de la politique exprimée dans des oeuvres importantes. L'époque dans laquelle Erasme vit, est une époque créatrice d'une nouvelle conception politique du monde. Au travers de cette réalité Erasme voudrait sauver l'Europe en tant que tout. Comme conseiller de Charles V, l'humaniste prend part, de près ou de loin, aux événements européens les plus importants. Plus d'une fois il conseille la paix, l'entente entre les rois qui sont en guerre, la conciliation entre Rome et la Réforme. Il voit comment autour de lui croît le monstre des conflits irréconciliables. Il est présent dans les moments les plus importants: à Worms, à Augsbourg, à Pavie, dans la Rome dévastée par les troupes impériales, dans la guerre entre l'Angleterre et la France, dans les guerres qui font rage en Italie, dans les premières guerres d'Allemagne, dans les luttes entre chrétiens et turcs. Une grande partie de ces moments historiques et de ces thèmes constitue une part importante de ses écrits. Les événements politiques de ce temps l'ont poussé à écrire ses théories politiques et à formuler sa doctrine de la paix. Erasme est européen par ses contacts avec les grands de son époque et d'une certaine façon par la grande autorité morale qu'il exerçait sur ces hommes. Charles V le veut

toujours à ses côtés. Henri VIII et François I l'invitent à vivre dans leurs Cours. Fernand d'Absbourg l'invite aussi, vers la fin de sa vie à se rendre à Vienne, alors qu'il est déjà malade et plus occupé que jamais à finir sa très grande oeuvre. Il sait refuser avec prudence et mesure, toutes ces tentations du pouvoir. Il veut par dessus tout conserver son indépendance, sa liberté. Il proclame la mise en vigueur de la civilisation du dialogue. Il veut être le médiateur par excellence, l'homme de la paix dans une Europe dominée par les guerres. Zweig écrit: "Tout d'un coup, Erasme s'est vu assigné par le sort une mission historique qui dépasse intimement ses forces; lui seul au milieu de tous ces surexcités représente la raison claire, et avec comme seule arme une plume, il défend l'unité de l'Europe, l'unité de l'Eglise, l'unité de l'humanité et la citoyenneté universelle, contre la ruine et la destruction".

S U M M A R Y

Erasmus, even after half a millenium, is still with us and for many reasons. Erasmus was a man who lived in a new kind of company that his own epoch was creating. He lived in the company of printers. But he also lived in the company of the Emperor, Popes and Kings of his time. He was a European in the modern sense of the word, one of the great Europeans.

Erasmus lives in the houses of his printers and he likes to help them with their work. He takes an active part in the destiny of this new instrument capable of spreading wide culture and creating a new European conscience. But a European conscience shows the humanist in other aspects of his life and work. In his connections with the great men of Europe, in his relations and friendship with the great humanists of that time, in his doctrine of peace and politics written down in important works. The epoch in which Erasmus lived is an epoch that forges a new political conceptions of the world. Through this new reality Erasmus would have liked to have saved Europe as a whole. As advisor to Charles V, the humanist participates, directly or indirectly, in the most important of European events. More than once he advises peace, understanding between kings at war with one another and a reconciliation between Rome and the Reformation. He sees all around him how the monster of unreconcilable conflicts grows. He is present in the most important moments of his time; in Worms, in Augsburg, in Pavia, in Rome plundered by the Imperial armies, in the war between England and France, and in the wars which destroy Italy, in Germany's first wars, in the wars between the Christians and the Turks. Many of these moments and themes take up an important part of his writings. The political events of those

times made him write about his political theories and formulate his peace doctrine. He is European because of his contacts with the great men of the time and in a certain way because of his great moral authority over these men. Charles V always wants him by his side. Henry VIII and Francis I invite him to live in their respective Courts. Ferdinand de Absburg also invites him towards the end of his life when he had already fallen ill and was busier than ever trying to finish his enormous work, to move to Vienna. He knows how to refuse with great prudence and politeness all these temptations of power. He wants above all things to conserve his independence, his freedom. He proclaims the force of the civilization of dialogue. He wants to be mediator par excellence, the man of peace in a Europe dominated by wars. "Erasmus, writes Zweig, is suddenly charged with a historic mission to fulfill which utterly exceeds his own strength; but he alone, amidst all those overexcited people, represents clear reasoning and, armed solely with a pen, he defends the unity of Europe, the unity of the Church, the unity of humanity and universal citizenship, against ruin and destructions".

